



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

LOS 'OBITUARIES' COMO FORMA DE INFORMACIÓN DOCUMENTADA

Gabriel GALDÓN LÓPEZ
Carlos ÁLVAREZ TEIJEIRO

1. *Introducción*

El interés por las informaciones necrológicas («obituaries», «obits») constituye, junto con la utilización de otros periódicos para realizar la información propia y el archivo de los propios ejemplares, uno de los hechos informativos o metodológicos que en mayor medida ha motivado el nacimiento de la labor documental o ha influido de alguna manera en su origen. Así, Harrington afirma que «históricamente, la 'morgue' aparece cuando los periódicos comienzan a ilustrar sus informaciones. Las ilustraciones costaban dinero y por eso eran archivadas en lugar de tirarlas. Con frecuencia se usaban una vez y otra, y el retrato de una persona merecía la inserción final con ocasión de su muerte. Pronto se vio que, si era conveniente tener su grabado, era igualmente necesario tener a mano su biografía. Así pues, los periódicos comenzaron a archivar resúmenes cortos junto con el grabado de la persona. Si moría repentinamente, la 'morgue' suministraba todo lo que se necesitaba»¹. De este modo, en las primeras décadas del siglo se inició en el mundo anglosajón, pero especialmente en los Estados Unidos, un importante desarrollo cuantitativo y cualitativo de la actividad documental periodística, de tal modo que podría afirmarse —con Harrington de nuevo— que la 'morgue' era ya —y estamos hablando de 1912— «una institución clásica en los periódicos»².

Al analizar ahora en su esencia esta fórmula concreta de relato periodístico que son los «obituaries», se nos plantea —por

una parte— la posibilidad escasamente reveladora de incurrir en un estudio meramente descriptivo —cuantitativo—. Por otra —y esta es la dirección que hemos adoptado, aunque a primera vista parezca alejarse del epígrafe bajo el que se recoge— cabría preguntarse si en el mundo de la información hemos evolucionado lo suficiente —y no sólo desde un punto de vista teórico, sino especialmente desde el punto de vista de la praxis informativa cotidiana— como para considerar radicalmente tautológica la expresión «información documentada» con la que se titula este trabajo. La cuestión remite, en última instancia, a la necesaria y definitiva superación de las falacias del periodismo «objetivista».

2. *Insuficiencias del periodismo convencional y naturaleza de la información documentada*

2.1. *Insuficiencias del periodismo convencional*

Mediado el siglo XIX, fecha de nacimiento del periodismo moderno, el positivismo constituía la «cultura dominante» y era la cosmovisión que impregnaba el tejido social. Siguiendo la síntesis explicativa de Choza, el positivismo se corresponde con la creencia según la cual la ecuación «científico=verdadero=objetivo=formalizado=racional» y su contraria «subjetivo=irracional=acientífico=incognoscible» categorizan plena y exhaustivamente la realidad y el conocimiento. Tales ecuaciones, por una reducción de lo científico a lo empíricamente verificable, llevaron a que se entendiera que todo aquello que dependía de la libertad humana comenzara a aparecer como infundamentable, como incognoscible o como irracional³.

En este contexto surgió una concepción del periodismo que, en gran parte, quedó recogida posteriormente en el aforismo «los hechos son sagrados, las opiniones libres». Con él se dividía esquizofrénicamente la realidad y se le asignaba a los informadores el papel de reflejar «objetivamente» los hechos, de

modo lineal y escueto, sin interpretaciones ni valoraciones. Si las hacían, quedaban «anatematizados» del periodismo.

Otro aspecto de esa corriente ideológica dominante es el desprecio de la tradición intelectual, expresada no sólo en la acogida favorable a las nuevas ideas, sino, además, en la presunción de que la novedad concuerda siempre con la verdad. Tal presunción saca sus argumentos de un modo de ver el progreso del conocimiento humano que se remonta, al menos, a Roger Bacon, en el siglo XIII, pero que es retomado al comienzo de los tiempos modernos por Francis Bacon, Descartes y Pascal, en que este progreso —manifiesto en el desarrollo de las ciencias experimentales— se aplica a todos los ámbitos de la actividad humana⁴.

Esa concepción influyó decisivamente en el Periodismo en el sentido de que la novedad se constituyó en supremo criterio informativo y la «actualidad», entendida como mero presentismo, se convirtió en el ídolo al que se sacrificaba por sistema el rigor y el pensamiento y, las más de las veces, la verdad.

A esto se une que el positivismo constituye el empleo del método previamente diseñado como criterio de la ciencia... «En consecuencia —afirma Voegelin— cualquier proposición referente a un hecho alcanzaría la categoría de ciencia, independientemente de su validez, siempre que se haya alcanzado usando con corrección el método. Y como el cómputo de los hechos es infinito, se hace posible una expansión prodigiosa de la ciencia en sentido sociológico (...) que conduce a una fantástica acumulación de conocimientos intrascendentes...»⁵.

La influencia de esta creencia, junto con los dos aspectos anteriormente mencionados, ha hecho que gran parte de los contenidos de los medios periodísticos sean una enorme acumulación de trivialidades sin sentido, presentadas de modo aislado, fragmentario y superficial y con un tratamiento homogéneo para todo tipo de realidades, por muy diversas que estas sean entre sí.

También ha dañado al periodismo la manifestación de la otra cara del positivismo: el seguimiento de principios de interpretación y selección carentes de fundamentación teórica e inspirados tan sólo en prejuicios políticos e ideológicos, o en intereses personales de diverso tipo. La selección de las noticias no obedece a un pensar sobre la realidad y sobre las necesidades del hombre, ya que el positivismo, al negar la posibilidad de conocer las realidades metafísicas, afirma al mismo tiempo que el hombre puede manipular la realidad a su antojo. Como para ello hay que tener poder, quien lo tenga en mayor medida o lo maneje mejor, ése dominará la sociedad. La concepción de la información como un poder tiene su origen en Maquiavelo, pero la causa de su generalización radica en el positivismo, y tiene su primera manifestación en la selección de las noticias conforme a los intereses de los más poderosos.

En la selección de las noticias según criterios de mero interés ideológico comienza, precisamente, el «reino de la opinión». De este «reino» ha escrito recientemente Joseph Moureau, paragonándolo con la cultura sofista ateniense. Ese movimiento produjo, según el filósofo francés, «un cambio fundamental, la orientación hacia un tipo de sociedad en la que lo que las gentes piensan y dicen empieza a tener más importancia que lo que de hecho sucede. Llevada al extremo, esta actitud conduce a la doctrina según la cual no hay hechos ni verdad, sino ideologías, modelos conceptuales cuya elección es asunto personal, que depende quizá de necesidades y preferencias personales, o quizá de la influencia de grupos sociales, de colectividades particulares, pero que no podría verificarse de ninguna manera»⁶.

A tenor de lo aquí expuesto sintéticamente, parece claro que el periodismo que puede denominarse «objetivista» no responde a la naturaleza y finalidad del Periodismo, sino que bajo una apariencia de gran cantidad de datos, declaraciones, sucesos, etc., crea una «ilusión de conocimiento» y conduce a la desinformación y desorientación del público.

2.2. Naturaleza de la información documentada

Hoy nos parece obvio que la función informativa del periodismo alcanza su dimensión plena cuando no se limita a suministrar datos de modo escueto e inconexo, sino que procura explicar causas y consecuencias, relaciones de tiempo y espacio, el significado profundo de los acontecimientos cotidianos, para que el receptor de la información pueda tener una visión completa y fidedigna de la realidad. En este sentido, cabe afirmar que la interpretación ha supuesto un avance significativo en la comprensión de la tarea del informador, en la mejor intelección de determinados acontecimientos públicos de relieve por parte de los lectores, y en la proyección teórica y generalización práctica de las funciones de la documentación en periodismo. Sin embargo, al no superar la profunda dicotomía «hechos» y «valores», ni la correlativa dialéctica subjetividad-objetividad, la praxis interpretativa es incapaz de dar cuenta cabal de las acciones humanas libres y de su significado pleno, y continúa limitando la reflexión del informador y su creatividad narrativa.

Se hace necesario, por tanto, que la práctica informativa se atenga primordialmente al fin señalado por Brajnovic a la información periodística: «el enriquecimiento cultural e intelectual, teórico y práctico del hombre —y si se quiere destacar uno de los puntos de vista de sus características esenciales— de toda la sociedad»⁷.

En aras a la consecución de esta finalidad, «la explicación del hecho informativo» se nos revela como aquel elemento imprescindible para «ayudar al destinatario a la intelección y comprensión del mensaje informativo»⁸, explicación que el informador puede realizar fundamentalmente con la ayuda que le proporciona la documentación, pues de este modo:

- a) asimila el proceso de conocimiento del hecho actual y el proceso de conocimiento del mensaje documental.

b) realiza la unión y síntesis de ambos, en otro proceso intelectual crítico y verificador.

c) elabora el mensaje.

d) éste llega al receptor y entonces se puede decir con propiedad que la información periodística es información documentada⁹.

La documentación, por lo tanto, contribuye a la presencia de los factores básicos de la información periodística: la verdad y su intelección por el destinatario, teniendo en cuenta —por una parte— que al hablar de «verdad informativa» no nos estamos refiriendo a una verdad filosófica o especulativa, sino a una verdad concreta sobre algo concreto que parte de la realidad, desemboca en la intelección del destinatario y tiene por mediador al informador.

Por otra, que al hacer referencia a la «intelección por parte del destinatario» consideramos que el informador, una vez que conoce la verdad posible sobre el objeto informativo con la ayuda de la documentación, debe expresarla de tal modo que el destinatario de la información periodística la entienda. Hasta que el destinatario no consiga la intelección del mensaje informativo no se habrá culminado el proceso de la información.

A partir de todo lo anterior, siguiendo a Albala y Merkel se puede afirmar que la documentación periodística es tanto el proceso de conocimiento anterior a la información como una parte vital de ella¹⁰.

Una síntesis consecuencial práctica de estos planteamientos nos llevaría a entender la Información Periodística no como un poder o una actividad vaga sin límites ni contornos precisos, sino como *Un saber práctico que consiste en la comunicación adecuada y periódica del saber sobre las realidades humanas actuales que el público necesita saber para su enriquecimiento cultural en orden a su actuación libre y solidaria en sociedad.*

Si desglosamos esta formulación en sus diversas partes, encontramos que la naturaleza propia y específica de la Información Periodística es la de ser un saber comunicativo consistente en una adecuación, condicionada formalmente por la periodicidad. Su objeto: el saber sobre las realidades actuales que el público necesita saber. El fin mediato es el enriquecimiento cultural del destinatario. La finalidad última: la actuación libre y solidaria de los ciudadanos.

A partir de este concepto se nos revela que «los hechos, lejos de merecer la adoración propia de lo sagrado, exigen ser explicados y valorados conforme a razón»¹¹, que «los hechos no son aquello por lo que todo lo demás se explica, sino, al contrario, aquello que requiere ser explicado. Hasta tal punto que el 'hecho' se puede definir así: lo que en su comparecer no aporta la razón y el fundamento de su comparecencia»¹².

Por lo tanto, al inicial momento de análisis en la actividad informativa debe sucederle un segundo momento «que reunifique lo separado y medido por el análisis, que ordene en un todo, que dé sentido: el momento de la síntesis (...) síntesis es dar unidad, mostrar el significado, aquello que ilumina desde dentro la multiplicidad de datos. Sin análisis no hay síntesis, sino más bien imposición y reducción arbitraria; pero sin síntesis, el análisis se pierde en una indefinida corriente de datos que nos aleja cada vez más del sentido que buscamos, de la unidad: un mundo analítico no es nunca un mundo «nuestro», un hogar donde habitar»¹³.

Cabe afirmar, entonces, que el *aptum* comunicativo consiste en una adecuación semántica y pragmática del mensaje informativo tanto a la realidad sobre la que se escribe y al saber sobre la misma, como a los intereses fundamentales del hombre y a la situación y capacidad cultural e intelectual del destinatario, teniendo presentes los condicionantes que gravitan sobre la actividad.

De lo expuesto se infiere, en primer lugar, que cada tipo de realidad requiera un lenguaje distinto. No sólo en virtud de la creciente especialización de los ámbitos de la actividad humana, sino por la fuerza de la propia naturaleza de cada objeto y por la necesidad de que sea aprehendido cabalmente por el receptor.

En segundo lugar, y como lo que se comunica es un saber, una reflexión sobre esa realidad, el lenguaje utilizado debe ser personal, principio de diálogo, y no un lenguaje anónimo, burocratizado y mecanicista: «El lenguaje puramente denotativo es intemporal. Por el contrario, el discurso (retórico) se dirige a un interlocutor presente, a cuya capacidad de percepción se apela, se basa en experiencias pasadas, que la argumentación revive; y se abren proyectos comparados que son una invención de futuro (...) la fuerza intrínseca de la verdad merece y exige que se haga valer en el discurso»¹⁴.

En tercer lugar, y en los casos en que esa verdad afecte a los intereses fundamentales del hombre, es necesario considerar que, entonces, el mensaje informativo tendrá un carácter básicamente operativo. De ahí la necesidad de elegir prudencialmente, en cada caso y circunstancia concreta, los medios y modos apropiados para su comunicación.

En cuarto lugar, utilizar un lenguaje apropiado a la capacidad cultural e intelectual, hábitos, costumbres y raíces propios de los destinatarios.

Por último, aunque no por ello menos importante, hay que tener presentes los condicionantes impuestos por la periodicidad. Esto quiere decir, entre otras concreciones, que en ese diálogo con los lectores habrá que remitirse a un pasado que se le debe ir recordando; emplazarle para futuros relatos, crear estructuras narrativas que hagan posible ese contar diacrónico...

3. El «Obituary» como forma de información documentada

A la luz de este contexto, las peculiares características que el «obituary» presenta como forma ya centenaria de información documentada y cuyo análisis ha sido realizado más bien por vía alusiva que por vía directa, le otorgan un valor modélico en esta nueva sensibilidad que comienza a entender la información como relato.

En efecto, ya desde sus inicios y por la propia naturaleza de las cosas, el «obit» o semblanza necrológica:

a) Se ha desligado de las tradicionales estructuras del periodismo convencional. Ni las cinco o seis W ni la pirámide invertida se utilizan en su elaboración.

b) Al tener un carácter irreductiblemente personal en cuanto al propio objeto o tema de la información, propicia una estructura narrativa; se trata de una historia, de una semblanza sobre una vida, con principio, desarrollo y fin, y con un sentido; del relato de unas obras que han tenido y tendrán unas consecuencias sociales. En él, a la persona se le conoce por sus obras.

c) La diversidad de personas y de sus obras, su distinta relevancia en cuanto al ámbito de actuación, etc., hace posible, mediante la adecuación al objeto, una gran dosis de creatividad en el periodista-narrador.

d) Al ser una vida finalizada en su caminar terreno, pero con unas obras que perduran más o menos, supone la síntesis de pasado-presente-futuro en que consiste la documentación.

e) Proporciona unos modelos que sirven para la reflexión. Una narración de actuaciones libres que pueden contribuir a actualizar nuestra libertad.

f) Al consistir en una narración de actuaciones con sentido, donde ilusiones, proyectos, convicciones, creencias, etc. se imbrican con los hechos fácticos en relaciones causalconsecuen-

ciales, se obvia, de modo natural, considerar la información como mera descripción factual.

g) Demuestran en la práctica que lo más natural de la información es contar las cosas de modo natural, tras la reflexión previa pertinente.

Tanto estas como otras características que se podrían mencionar hacen del «obituary» un modelo informativo que merece ser estudiado en el contexto de estas Jornadas sobre la información como relato, en las que también se ha hablado del interés informativo. Pues bien, ciñéndonos a este último punto, estudios recientes muestran que esta forma de información documentada es una de las que tienen un mayor interés. Para los lectores de periódicos norteamericanos, los «obituaries» son más importantes que las noticias económicas y financieras, que las crónicas de sociedad, que las crónicas de cine y que las columnas de opinión política.¹⁵

Siendo esto así, uno aún se pregunta con estupor por qué en nuestro país hasta hace unos pocos años y en sólo dos o tres medios, no se han comenzado a escribir semblanzas necrológicas. Una vez más, se demuestra en la práctica cotidiana que sólo unos buenos servicios de documentación, unidos a la capacidad de reflexionar y aptitud narrativa de unos profesionales bien formados, hacen posible una información periodística en la que lo importante se haga interesante.

Como referente real de lo que hasta aquí llevamos dicho, puede ser de gran utilidad que expongamos algunos «leads» de semblanzas necrológicas de personajes muy variados: En un pequeño periódico local norteamericano, el *Sun News* de Myrtle Beach, en Abril de 1990 se leía: «Nannie Owens nació tan sólo 21 años después de la Guerra Civil y algunos años antes de que la electricidad llegase al mundo rural de Georgetown. Vivió hasta ver cómo la tecnología moderna enviaba un hombre a la luna». En la narración se apunta que —de no ser por su edad de

103 años— la vida de Nannie Owens «no fue nada fuera de lo común»¹⁶.

En *The Times* de Londres, cuando murió Picasso, el «obit» comenzaba diciendo: «Pablo Picasso, fallecido el 8 de Abril de 1973, fue el más famoso, el más controvertido, en muchos aspectos el más influyente, e indudablemente el artista más rico de toda esta época. Tenía una habilidad genial y probablemente —excepto Giotto o Miguel Angel— no haya existido otro artista que pueda, en justicia, ser comparado con él en lo que se refiere a la responsabilidad de haber alterado tan radicalmente el curso del arte de su tiempo. Lo natural es pensar en él utilizando superlativos, y tal vez el que mejor le corresponda sea la respuesta a una serie de cuestiones no resueltas todavía. ¿ Fue el artista más grande de la primera mitad del siglo? »¹⁷. Junto a este impactante comienzo, se presenta inicialmente al lector una concatenación de juicios reflexivos sobre la vida del artista en su esencia, sin referencias cronológicas, pero sin dejar —por ello— de ser una verdadera narración histórica. Hasta bien entrado el «obit» —singularmente largo, en función de la enorme relevancia que Picasso tuvo en el mundo cultural de su tiempo— no se entra en el detalle de las fechas. Incluso cuando esto sucede, no se incurre en una mera exposición erudita: las épocas de la obra pictórica del autor aparecen perfectamente relacionadas con su vida, facilitando al lector una verdadera comprensión de la historia personal del personaje fallecido.

4. Conclusión

En definitiva, pensamos que el «obituary» o semblanza necrológica es un relato informativo de singular interés, que su estudio es útil tanto para la extracción de consideraciones especulativas en aras a la formulación de una nueva teoría del relato, como para conseguir —por fin— que su realización práctica se generalice en la prensa española. Para ello, resulta imprescindible

ble considerar la documentación como elemento necesario en la elaboración de la información periodística.

NOTAS

1. HARRINGTON, H.E. y FRANKERBERG, T.T.: *Essentials in journalism*, Ginn and Cia, Boston, 1912, p.116
2. HARRINGTON, H.E. y FRANKERBERG, T.T.: op. cit., p. 115
3. Cfr. CHOZA, Jacinto: *Manual de Antropología Filosófica*, Rialp, Madrid, 1988, p. 280
4. Cfr. MOUREAU, Ioseph: «De la modernidad al reino de la 'doxa'», en *Anuario Filosófico*, vol. XIX, 1986, 2, p. 66.
5. VOEGELIN, E.: *Nueva Ciencia de la Política*, Madrid, 1988, pp. 19-20
6. MOUREAU, Ioseph: art. cit., pp. 69-70.
7. BRAJNOVIC, Luka: *El ámbito científico de la información*, Eunsa, Pamplona, 1978, p. 114.
8. BRAJNOVIC, Luka: op. cit., p. 107.
9. Para una profundización en estos conceptos vid: GALDON, Gabriel: «La documentación como factor del saber periodístico», en *Comunicación y Sociedad*, vol. 2, nº2, 1989, pp. 25-49, del que las líneas precedentes constituyen una síntesis.
10. ALBALA, Alfonso: *Introducción al periodismo*, Madrid, 1970, p. 97. Vid. también MARKEL, Lester: «Interpretation of the news and the Sunday Magazine», en *The Newspaper: its Making and its Meaning*, New York, 1945, pp. 25-26.
11. GARCIA-NOBLEJAS, Juan José: «Fundamento para una iconología audiovisual», en *Comunicación y Sociedad*, vol.1, nº1, 1988, p. 32.
12. CHOZA, Jacinto: *Apuntes de Antropología Filosófica*, Pamplona, 1987, p. 408.
13. TERRASA, Eduardo: «Análisis y sentido informativo», en *La responsabilidad pública del periodista*, Pamplona, 1988, pp. 435-436.

14. LLANO, Alejandro: *La nueva sensibilidad*, Espasa-Calpe, Madrid, 1988, p. 137.
15. RAMBO, David C.: «Obits Provide Lifelong Reading Appeal», en *Presstime*, Junio, 1990, p. 46.
16. Vid. *ibid.* p. 47.
17. Recogido en *Obituaries from The Times (1971-1975)*, Newspaper Archive Developments Limited, London, 1978, pp. 408-410.
18. Cfr. GALDON, Gabriel: *loc. cit.*